



misos del general en jefe. Viendo crecer la efervescencia de entre las filas hasta pedir á gritos volver á la pelea, Vedel envió un emisario á Dupont para concertar el plan de un súbito ataque simultáneo; y en el caso de que no se conviniese por el estado de su estado de su gente, que fuese admitido el mismo oficial en representación de la suya á las negociaciones entabladas. La contestación fué respecto á uno y otro punto negativa, pero seguida en breve de otra contradictoria porque Dupont, sumido en un profundo desconcierto, no sabía qué hacer: si miraba á sus tropas, aguardaba con resignación el éxito de las conferencias de Andújar; si consultaba su corazón, sentía impulsos de volver á la refriega. Algunos de los que le cercaban, conociendo su indecisión, le incitaron á ordenar á Vedel que se aprovechase de las sombras de la noche para levantar su campo y se salvase con su división trasponiendo la sierra.

Era sin duda una felonía que condenan las leyes y los usos militares. Vedel no vaciló en cometerla dejando solo en el campo un escuadrón y cuatro compañías de infantería para ocultar su movimiento, y en todo caso para protegerlo.

A las diez de la mañana siguiente se hallaba ya en Santa Elena, y se preparaba á volar las rocas de Despeñaperros así que lo hubiese pasado su división, cuando recibió contraórden de Dupont. Reding, teniendo luego noticia de la fuga acusó á éste de la villanía y le amenazó con pasar á cuchillo toda su gente si en el acto no hacia retroceder á Vedel. Vaciló éste largo rato aún con el recibo de segunda órden oyendo á sus soldados clamar furiosos contra la rendición á españoles. Convocó á consejo de guerra, y de veintitres oficiales generales, sólo cuatro opinaron por que se desobedeciese: prevaleció el temor de la multitud que se avalanzaba contra ellos, y reflexionaron también que sin duda sería castigada su fuga en sus camaradas de Bailen, sino es que á todos los asesinaba implacable el paisanaje. Concluyeron, pues, por obedecer el mandato del general en jefe, volviendo á hacer noche en el punto de que partieran, para presenciar

al día siguiente la primera humillación de la águilas imperiales en España.

La capitulación ajustada en Andújar, entre Castanos y Tilly por una parte, y Marescot y Chabert por otra, reconocía á las tropas que se hallaban bajo las inmediatas órdenes de Dupont como prisioneras de guerra, debiendo en su consecuencia rendir las armas al vencedor y someterse á las demas condiciones de tales: á las demas tropas, las de Vedel, sólo se las obligaba á salir de Andalucía, entregando el armamento y pertrechos en depósito hasta el día en que se embarcasen en alguno de sus puertos para ser trasportadas á Francia. Vedel reunió otra vez su consejo, y, como en la primera, todos los vocales ménos cuatro dieron su aprobación al tratado, quedando en su virtud ratificado el 22.

Al día siguiente se verificó la ceremonia de la rendición. Las tropas vencidas en Bailen desfilaron por delante de las divisiones tercera y reserva, á cuyo frente se hallaban Castaños y la Peña; y despues de entregar su general la espada al primero, depusieron ellas las armas y banderas á cuatrocientas toesas del campo: ocho mil doscientos cuarenta y ocho hombres sufrieron esta humillación, que reserva muchas veces la fortuna á los más esforzados. Extraño pareció, y se censuró con razón, que generales que no habian tomado parte alguna en la victoria, aunque contribuyeron á ella, usurpasen ese honor á los que lo habian con su talento y valor conquistado, á Reding y Coupigni con sus respectivas divisiones. Las de Vedel y Dupont, que reunian nueve mil trescientos noventa y tres hombres, entregaron sus armas al otro día en Andújar, colocándolas en pabellones sobre el frente de banderas.

Este grande hecho de armas solo costó á los españoles unos doscientos muertos y setecientos heridos. Para que la gloria de Bailen fuese completa no faltó, preciso es decirlo, sino la generosidad que debe siempre al infortunado el vencedor. Los insultos de los pueblos del tránsito de los prisioneros desde Andújar hasta los puertos de Rota y San Lúcar señalados para el embarque, son ciertamente disculpables en la grande y justa irritación que produjeran las



iniquidades de Córdoba y Jaen, y en la debilidad consiguiente de la autoridad por aquellos días. Lo es también que á la vista de algunos vasos sagrados que se cayeron del equipaje de un oficial clamase el pueblo en el Puerto de Santa María por un registro general. Pero debió evitarse que eso fuese ocasión para despojar á muchos de casi todo cuanto poseían, y sobre todo debió cumplirse religiosamente la capitulación. El artículo 1.º declaraba esplicitamente como prisioneros de guerra las tropas de Dupont «exceptuando la división de Vedel y otras tropas francesas que se hallaban igualmente en Andalucía;» y en el 2.º se decía no ménos esplicitamente que éstas evacuarían la Andalucía, añadiendo en el 7.º que se embarcarían «así que llegasen al puerto de Rota.» Sin embargo, no se cumplió, dando por razón que no podían ser embarcados como lo establecía el artículo 6.º en buques de tripulación española por no haberlos; excusa mezquina, á la cual pudiera haber contestado Dupont que también ese mismo artículo decía que «Todas las tropas francesas de Andalucía pasarían á San Lúcar y Rota para embarcarse... y conducir las al puerto de Rochefort en Francia.» Esto demuestra que no hubo malicia, sino precipitación al redactar las capitulaciones; y que la buena fe y la generosidad debieron subsanar errores y omisiones inocentemente cometidos. Honrado y pundonoroso Castaños, sostuvo con laudable firmeza que, si no se podía hacer el embarque de una vez, se hiciese en varias, pero Morla, el gobernador de Cádiz, de quien se aconsejó también la junta, ganoso de popularidad, opinó que no debían respetarse tratados con quien todo lo habia violado, y la junta de Sevilla tuvo la indigna flaqueza de seguir este dictámen. Si tal doctrina prevaleciese, ¿qué sería la fe de los tratados? ¿qué de las naciones y de la civilización? Un crimen no exige ni justifica otro crimen. El resultado fué quedar las tropas de Vedel, como las de Dupont, encerradas en las fortalezas y los pontones de Cádiz, y por último ser declaradas prisioneras de guerra de S. M. B. Solo Dupont, Vedel, Marescot y otros oficiales superiores lograron en Agosto y Setiembre volver á su patria.

Así terminó con ménos lustre del que debiera la gloriosa jornada de Bailen, nombre desde entonces ilustre que la nación quiso unir, para perpetuar su recuerdo, al apellido del general en jefe con el título de duque, y á dos regimientos del ejército, uno de infantería y el otro de caballería.

Resistieron José y Savary á creer la derrota que divulgaba el rumor público, hasta que llegó el parte oficial: imposible les parecía que un ejército formado en un solo mes hubiese humillado á sus aguerridos soldados. Reunióse un consejo de generales para discutir el partido que conviniese tomar, puesto que el vencedor caería sobre Madrid inmediatamente. Siguióse la opinión de Savary, que fué pedir refuerzos al emperador, y entretanto retirarse al Ebro, haciendo replegar en la misma dirección todas las fuerzas que habian avanzado hasta la Mancha y por Castilla la Vieja. Clavaron aquella noche más de ochenta cañones que no podían llevarse, inutilizaron cajas de fusiles y municiones, arrojándolas en los estanques y pozos del Retiro, y acabaron de despojar de alhajas y vajillas los palacios de la capital y los sitios reales cercanos. En la mañana siguiente del 30 emprendió José la retirada camino de Somosierra, cometiendo sus tropas en el tránsito los mismos saqueos y destrozos de que con igual inocencia habian sido víctimas muchos otros pueblos. La villa de Venturada sobre todo, entregada á las llamas, conservará memoria eterna del paso desolador de los despechados extranjeros. El 9 de Agosto se juntaron en Búrgos con Bessieres, y José, dejando destacamentos en todo el camino, prosiguió hasta llegar á Miranda de Ebro, barrera que se habia propuesto defender si se veia perseguido.

De los españoles que se habian comprometido por su causa, habiéndoles dejado en libertad de seguirle ó no, fueron muy pocos los que quisieron compartir el fatal presagio que parecia hacerle la derrota de Bailén. Los ministros Azanza, Cabarrús, Ofarril, Urquijo y Mazarredo fueron las únicas personas notables que le permanecieron adictos: Piñuela, Cevallos, y los duques del Parque y del Infantado le dejaron marchar; y en verdad no sabemos





qué censurar mas: si á los que desleales á la patria por error ó especulacion , fueron fieles á lo ménos á quien juraran obediencia ó á los que, desleales tambien á la patria, vuelven á ella abandonando al usurpador cuando le ven maltratado y fugitivo.

Napoleon quedó aterrado con la noticia de estos acontecimientos, no por el quebranto material, que podia muy bien reparar quien, como él, disponia de millon y medio de soldados y de estados que contenian veinte veces mas poblacion que España, sino porque su bandera, aquella altiva águila que habia corrido la Europa entera de triunfo en triunfo, habia sido por la vez primera humillada. Los invencibles, terror de las naciones, habian sido vencidos, y, lo que debió ser para él mas dolo-

roso, por una tropa de reclutas. Sabia que la virginidad de la gloria militar tiene tambien para el hombre un prestigio mágico, y que el golpe que la destruyese es una herida mortal para el dichoso á quien eligiera.

La Inglaterra sonrió de júbilo viendo realizada la profética prediccion de Pitt, y todas las naciones subyugadas levantaron su cabeza y volvieron los ojos hácia el oscuro y olvidado rincon del continente donde acababa de ser herido el gigante de la revolucion.

No habian salido de su sorpresa cuando les ofreció España para ejemplo uno de los hechos que más han asombrado al mundo en los tiempos modernos: la defensa de la inmortal Zaragoza.

### CAPÍTULO XVII

**Primer sitio de Zaragoza: sale Palafox de Zaragoza en busca de refuerzos, y el pueblo por si solo emprende la resistencia: rechaza tres embestidas: eligese á Calvo de Rozas caudillo en ausencia de Palafox: accion que éste sostiene en Epila: juramento de los zaragozanos: añagaza de un polaco contra Calvo: entrevista con los generales franceses, refuerzos que reciben los sitiadores con Verdier: incéndiase un almacén de pólvora dentro de la poblacion: segunda acometida de los franceses: ataques del 1 al 2 de Julio: heroismo de Agustina Zaragoza: segundo bombardeo y ataques del 3 y 4 de Agosto: resolucion magnánima de los zaragozanos: retiranse los franceses perseguidos: juicio de un general francés sobre el sitio.**

Para hallar un ejemplo del heroismo de los zaragozanos en los dos sitios de 1808 y 9, es preciso retroceder hasta los tiempos en que se confunden los límites de la historia con los de la fábula. Lo que fué Sagunto contra los cartagineses y Numancia contra los romanos, eso fué contra los franceses Zaragoza: un muro de bronce para los profanadores de nuestra independencia. Sucumbieron las tres; pero, más ó ménos tarde, las tres al fin vencieron, que nunca se derrama en vano la sangre por la justicia, ni han brillado jamás en el mundo para apagarse eternamente esos hechos de sublime abnegacion, que como luminosas antorchas alumbran á la humanidad.

Está Zaragoza en el fondo y hácia el centro de la gran region hidrográfica que constituyen de un lado los Pirineos y del otro la única grande cordillera que corta transversalmente la Península, desde Reinosa hasta el cabo de Gata en el Mediterráneo, cuyas vertientes forman el caudaloso Ebro. La extensa llanura en que se

ve asentada termina al Norte en las nevadas cumbres de las montañas de Jaca y al Oeste en los lejanos montes de Castilla; pero por el Norte y por el Sud tiene más cerca dos bajas cordilleras ó colinas, que corren paralelamente al Ebro, en una de las cuales está el renombrado Monte Torrero. La vega que ellas forman, fertilizada por las aguas de dicho rio, el Jalon, el Gállego, el Huerva y el canal imperial, así llamado por haberse emprendido en tiempo de Carlos V de Alemania, está cubierta de una frondosa vegetacion, que sólo permite ver al viajero hasta llegar al pié de la ciudad, sobre la cima de los corpulentos álamos que la rodean, las atrevidas agujas y las grandiosas cúpulas de sus templos. Conserva la forma elíptica que le dieron los romanos, aunque más dilatada, y baña uno de sus lados, por la margen derecha, el Ebro, sobre el cual tiene un hermoso puente de piedra, que da comunicacion á un arrabal, mientras desguarnecido el otro, sólo en parte lo raza la pobre corriente